

Sylvia Molloy  
VIVIR ENTRE LENGUAS



# VIVIR ENTRE LENGUAS

SYLVIA MOLLOY

© 2016, Sylvia Molloy  
© 2016, ETERNA CADENCIA EDITORA S.R.L.

Primera edición: febrero de 2016  
Primera edición digital: junio de 2016

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA  
Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires  
[editorial@eternacadencia.com](mailto:editorial@eternacadencia.com)  
[www.eternacadencia.com](http://www.eternacadencia.com)  
[www.facebook.com/eternacadencia](http://www.facebook.com/eternacadencia)  
[twitter.com/eternacadencia](https://twitter.com/eternacadencia)  
[blog.eternacadencia.com.ar](http://blog.eternacadencia.com.ar)

eISBN 978-987-712-104-9

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright.



**SYLVIA MOLLOY**  
Vivir entre lenguas

Una mujer recorre en estos textos recuerdos y anécdotas de su vida, al tiempo que reflexiona sobre la lengua y el plurilingüismo. Relatos sobre Jules Supervielle, Guillermo Hudson, George Steiner, Elias Canetti se intercalan con episodios de su infancia, atravesada por diferentes lenguas. Ya de muy pequeña, hablaba español con la madre, inglés con el padre, y una mezcla de ambos con su hermana, cuando nadie las oía. Luego vino el francés, como una suerte de recuperación de la lengua que había heredado su madre de sus padres y luego perdido. Cada idioma pasó a ocupar distintos espacios y a teñirse de afectividades diversas. Sobrevinieron los años de estudio en Francia, y luego la radicación en los Estados Unidos. Pero la narradora se pregunta: "¿Por qué hablo de bilingüismo, de mi bilingüismo, desde un solo idioma, y por qué he elegido hacerlo desde el español?", "¿En qué lengua se despierta el bilingüe?", "¿en qué lengua soy?". Siempre se es bilingüe desde una lengua, dice, aquella en la que uno se aposenta primero, aquella en la que uno se reconoce.

Un libro entrañable y maravilloso, de una de las escritoras y críticas literarias más renombradas de Latinoamérica.

Hay una voz desterrada que persiste en mis sueños.  
VICENTE HUIDOBRO, *El ciudadano del olvido*

Solo podemos hablar porque nuestro idioma no está solo.  
FABIO MORÁBITO, *El idioma materno*

## INFANCIA

Para simplificar, a veces digo que soy trilingüe, que me crié trilingüe, aunque pensándolo bien la declaración complica más de lo que simplifica. Además no es del todo cierta: la adquisición de los tres idiomas no ocurrió simultáneamente sino de manera escalonada y cada idioma pasó a ocupar distintos espacios y a teñirse de afectividades diversas, acaso encontradas. Hablé español primero, luego a los tres años y medio mi padre empezó a hablarme en inglés. También cuando tenía tres años y medio nació mi hermana: en lugar de echar los platos por la ventana, como Goethe de chico cuando nace su hermano Hermann Jakob, adquirí otra lengua, que es otra manera de romper con lo seguro. El francés vino después y no conmemoró ningún nacimiento. Fue más bien una recuperación.

## NOVELA FAMILIAR

Mi abuela, la madre de mi padre, como muchos inmigrantes ingleses de su generación, hablaba mal español. Le costaba decir *tetera* y decía (para gran hilaridad de su hijo) una *tetada* de té. Se desesperaba de que yo no hablara inglés, de que hubiera aprendido a hablar primero en español, creo que no le gustaba demasiado que mi padre se hubiera casado con una *Argentine girl* aunque el hecho de que mi padre fuera a su vez un *Argentine boy* no se le pasaba por la cabeza. El inmigrante y el hijo del inmigrante se piensan en términos de lengua, *son* su lengua. Mi madre había perdido el francés de sus padres, era monolingüe, por ende, argentina. Mi padre hablaba en inglés con su madre, con sus hermanas, y en español con su mujer y sus amigos. A veces la gente le decía *che, inglés*.

Mi abuela, la madre de mi padre, murió cuando yo tenía cuatro años: recuerdo haberla ido a visitar poco antes de su muerte, recuerdo haberle hablado, no sé en qué idioma. Este recuerdo, este no saber en qué idioma le hablé, no me deja. De hecho, lo he usado en dos relatos, *trying to make sense of it*: en uno de esos relatos, un chico habla en inglés y hace feliz a la abuela; en el otro se niega.

## APRENDIZAJES

El hecho de que mi madre no hable inglés impone el español en las reuniones de la familia paterna. Condescendientes, mis tías, que son perfectamente bilingües, se adaptan; yo siento vergüenza. Cuando se dirigen a mí contesto en inglés, para lucirme, y para hacerles ver que no soy monolingüe como mi madre. "Talk in Spanish so Margot understands", me dicen. Yo rabio.

Recuerdo que cuando yo era muy chica mi madre tomaba clases de inglés con una inglesa del barrio cuyo nombre he olvidado aunque recuerdo perfectamente dónde vivía: al lado de un hospital. Recuerdo la libreta amarilla de papel cuadriculado en la que mi madre anotaba lo que iba aprendiendo. Recuerdo cómo se enojó conmigo cuando me encontró revisándole esa libreta que guardaba cuidadosamente en la cartera, llena de ejercicios no demasiado distintos de los que me tocaban en el colegio.

No sé cuándo dejó de tomar esas clases. Sí sé que la libreta desapareció y mi madre siguió monolingüe, como quien sigue padeciendo algún mal incurable. También sé, por comentarios que nos hacía más tarde, que entendía todo lo que nos decíamos en inglés mi hermana y yo.

Pero digo mal en llamarla monolingüe. El bilingüismo que hubiera podido ser suyo, el que le robaron los padres, subsistía, como resto, en algunas conversaciones caseras. Así tanto ella como mi tía usaban constantemente palabras francesas cuando hablaban de moda y de costura, palabras que conservo hasta hoy aunque no siempre sé a qué se refieren. Por ejemplo: *soutache*. Como islotes de la otra lengua, flotaban en la conversación. Acaso remitían a recuer-



dos precisos de sus infancias semibilingües; o acaso no fueran más que una simple afectación de señoras burguesas argentinas. En todo caso, me permitían construir una imagen menos lingüísticamente desamparada de mi madre.

## PÉRDIDA

“Perder” una lengua, quedarse deslenguado. En la familia de mi madre eran once hermanos. Los tres mayores hablaron de chicos el francés de sus padres, que me imagino espeso, meridional; luego la familia se volvió monolingüe. Los padres, mis abuelos, ¿seguirían hablando su francés en privado, cuando se contaban cosas, cuando hacían el amor? Nadie puede contestar esa pregunta. Es como si el francés, en esa familia, se hubiera escondido en el clóset. Pienso: si yo hubiera tenido hijos, ¿en qué idioma les hubiera hablado? ¿Cuál habría reprimido?

Porque el francés era el idioma que mi madre había perdido quise, desde muy temprano, recuperarlo en su nombre. No quería que mi padre fuera bilingüe y mi madre no. De muy chica pedí aprenderlo y contrataron a una maestra, una vieja amiga de una tía de mi madre, para que nos enseñara a mi hermana y a mí. Madame Suzanne, como la llamábamos, usaba turbante y nos hacía escuchar a Charles Trenet. Aún hoy, si escucho *Ménilmontant*, inevitablemente vuelvo al comedor de la casa de mis padres, a Madame Suzanne, mi hermana y yo inclinadas sobre una victrola, y a mi madre que nos mira desde el otro cuarto, como si quisiera unirse a nosotros y no se atreviera.

Al principio Madame Suzanne se desesperaba porque cuando no sabíamos una palabra resueltamente afrancesábamos la palabra española: *le café*, arriesgábamos, se revolvía con *une cucharite*. Mientras tanto Madame Suzanne, al hablar con mi madre, hacía lo mismo en sentido inverso: le daba una receta y le decía que había que tener cuidado de que la preparación *no tornara* en vez de *no se cortara*.

Los ejemplos que recuerdo, como se verá, remiten (o retornan) a la casa, a la cuchara y a la olla; remiten a lo casero, aunque las lenguas del sujeto bilingüe nunca lo son. La mezcla, el ir y venir, el *switching* pertenece al dominio de lo *unheimliche* que es, precisamente, lo que sacude la fundación de la casa.

## J'ÉCRIS MA LECTURE

Aprendí a hablar primero en español pero a leer primero en inglés. Recuerdo a una Mrs. Richardson que nos enseñaba los sonidos del alfabeto inglés (*Mr. A says A for Apple, Mr. B says B for Ball*: era un alfabeto rigurosamente masculino). Este curioso sistema para un idioma tan poco fonético me permitió trasponer los sonidos al español que en cambio sí lo es. Mister A decía A y era la A de *Apple* pero también era la A de *Agua*. "Esta chica aprendió a leer sola", clamó mi tía un día que me encontró leyendo en voz alta en español. No me atreví a corregirla; solo estaba traduciendo sonidos.

Aun de chica sabía que iba a escribir pero no sabía por dónde empezar. Leía vorazmente cuanto libro aterrizaba en mis manos, sobre todo en inglés. Lo único que leía en español, además de las lecturas que se asignaban en el colegio, eran los libros secretos de mi madre, los que guardaba en su mesa de noche y leía, salteadamente, antes de apagar la luz. Casi todos eran traducciones del inglés -Margaret Mitchell, Pearl Buck, Vicky Baum-, con la excepción de un par de libros traducidos del italiano que leí ávidamente -Malaparte, Moravia- hasta que mi madre descubrió mis lecturas clandestinas y los escondió. Volví a Nancy Drew.

Hubo, sí, un libro francés que leí de chica en traducción, las *Memorias de un asno* de la Condesa de Ségur. Me identifiqué con Cadichon, con el maltrato al que sometían al pobre burro, lloré con y por él. Las manipulaciones emocionales de la Condesa -nada más eficaz que perturbar a un chico con el sufrimiento de un animal- dieron en el blanco. Hace poco me compré un viejo ejemplar del original, en la

edición de la Bibliothèque Rose Illustrée, para ver “cómo sonaba” en francés. No he sido capaz de abrirlo hasta el día de hoy.

## TERRITORIO

Cada idioma tiene su territorio, su hora, su jerarquía. El colegio de mi infancia se divide en dos mitades, inglés por la mañana, español por la tarde. Es, por ende, un colegio bilingüe. Pero se lo llama un "colegio inglés", sin duda por el prestigio que connota el término, pero también por la ley que impera. Si una alumna habla en español durante la mañana y no en inglés, y la pesca una maestra, es castigada. Debe ir al despacho de la directora donde firma el *black book*, que resulta ser una libretita negra menos ominosa de lo que suena. A las tres firmas uno es expulsado. Otras transgresiones serias que llevan a la firma y eventual expulsión: llevar las medias enrolladas en los tobillos, el pelo sin atar, o copiarse de una compañera. Son ofensas graves (tan arbitrarias como los pecados mortales de la iglesia católica) pero acaso hablar español durante la mañana inglesa sea la peor.

De pronto, recuerdo algo interesante: los chistes verdes se contaban en español, la lengua prohibida por la mañana. O mejor dicho, la anécdota se contaba en inglés pero "las partes" solo se nombraban en español, como aquellos textos médicos decimonónicos que acudían al latín para hablar de lo innombrable. Solo después aprendí los equivalentes en inglés, a través de lecturas. Como es bien sabido, la literatura cumple múltiples propósitos.

Por la tarde la escolaridad es en español. Si alguien habla en inglés a nadie le importa. No hay castigo. El español, comparado con el inglés, es una lengua descolorida, por lo menos para las que la traemos de casa. Como la madre en Freud, es *certissima*. Mis padres admiran este siste-

ma pedagógico no solo por la división de tiempos y espacios lingüísticos sino porque el inglés está por la mañana “cuando están más frescas”. Mis padres me regañan, nos regañan, a mi hermana y a mí, si mezclamos. La casa reproduce las divisiones en la novela familiar: español con la madre, inglés con el padre. Mezcla (cuando no te oyen) entre hermanas, como una suerte de lengua privada.

Reconocí esa misma mezcla en uno de mis viajes a Buenos Aires, en una tienda de artículos regionales, *of all places*. Dos mujeres, más o menos de mi edad, bien vestidas, están mirando unas bufandas de alpaca, hablan entre sí. *Esta le va a quedar bien, don't you think, pero no quiero gastar tanto, it's quite expensive, che*. The switching is effortless: tendrá sus reglas pero yo, como hablante, no las conozco: switcheo, no analizo. Pienso: estas mujeres deben de haber ido al mismo colegio que yo, y ahora que no las oyen los padres, mezclan.